

IX.

LA DAMA DE ESPADAS.

Una hora despues, Octavio encontró sola sobre un divan á la dama de Espadas.

—Diógenes buscaba un hombre, le dijo ella, y no lo encontró. Tú buscas una mujer y no la encontrarás.

—No la encontraré aquí.

—Ni aquí ni al fin del mundo.

—Por qué?

—Por dos razones.

—La segunda consiste en que no hay mujeres.

—Para tí.

—Por qué?

—Porque ni tu mano derecha ni tu mano izquierda son dignas de coger...

—Tu cinturón dorado?

—Nó... los lazos de los zapatos de una jóven hermosa con todas las bellezas de la juventud y con todas las bellezas de la virtud.

Parisis miró sus manos.

—Mis manos? dijo; pues me las lavo.

—Sí, como la mujer de Barba Azul lavaba su llave. Unicamente son verdaderas las lágrimas de la penitencia...

—Acaso te arrepientes? Quieres arrepentirte conmigo? Ya sabes que el arrepentimiento se verifica siempre en brazos de alguien...

—Tu has leído esto en alguna parte.

—Tal vez... Todo se ha dicho y todo se ha impreso. Pero no se puede tener chispa sin escuchar á tu puerta.

La dama de Espadas se hallaba muy conmovida. Era una mujer romántica; pero aquella era la primera vez que se arriesgaba en los peligros de una conversacion semejante.

—Decid, caballero: por qué me llamáis de *tú* con tanta impertinencia?

—Señora, os hablo como hablaria á Dios: «Oh! Dios mio! tu eres tan bueno que escucharás mi plegaria! Oh! señora! tu eres tan bella que me dirás tu nombre!

Octavio y la dama de Espadas seguian paseando. Los violones preludiaban las primeras notas de un rigodón ruidoso.

—Se va á bailar. Hé ahí un divan que se fastidia. Sentaos.

—Id con tiento. Es el sofá de Crebillon II y revelará vuestros secretos.

La dama de Espadas se sentó en el sofá, ocupándolo todo.

—Y yo? preguntó Octavio.

—Qué pregunta! Cuando subís en coche con la señorita Olimpia y la señorita Cora, dónde os sentais?

—Es cierto.

Octavio no apartó con discreta mano el traje de la dama y casi se sentó en sus rodillas.

—Debí sentarme al otro lado.

—Por qué?

—Porque habia menos puesto.

—Me honrais mucho.

Octavio miró como danzaban las parejas. Era el cuadro mas deslumbrador que ha podido soñar Gavarini. El Sol danzaba con la Luna y bailaban de vis á vis con un Manojó de Rosas y con una Escarcha-Blanca.

—No decís nada?

—Pienso en vuestros vaticinios. No encontraré una mujer! Hablasteis por antífrasis: no encontraré una mujer porque encontraré mil.

—Tal vez...

—Una mujer es siempre una mujer.

—No os comprendo.

—Traduccion: siempre existe una mujer en una mujer.

É inclinándose tiernamente hácia la dama de Espadas, le dijo al oído acompañando sus frases con un beso:

—Quieres amarme?

—No estaria contenta.

—Soy mas enamorado de lo que parezco.

—No me distraerías.

—Entonces que buscas?

—No busco.

—Tu buscas un hombre.

—Nó, porque no lo encontraria. Si buscase algo buscaria el amor.

—Hé ahí tambien lo que yo ambiciono. Quieres buscarlo conmigo? Oh! si tu supieses lo mucho que amo al amor.

—Tu quieres decir los amores.

—Si tu sabias cuanto te adoro.

—Si: tu adoras, pero no amas.

—Te imaginas acaso que el amor ha encontrado tu domicilio entre las mujeres del gran mundo? El amor es como el diablo: ataca mas á las mujeres perdidas que á las vírgenes y á las esposas. Crees que Des Grieux no amaba á Manon con toda la fuerza de que es capaz el hombre, con todas las aspiraciones divinas? Des Grieux era un hombre y Manon una mujer, el hombre y la mujer que nosotros buscamos.

Octavio miró la dama de Espadas.

—Si yo fuese el hombre y si tu fueses la mujer!

El señor de Parisis oyó entonces aquella voz de siempre tan conocida que exclamaba á su oído:

—ESTO NO ESTA AQUÍ!

Miró en torno suyo y no vió mas que un torbellino de máscaras.

—Tu me comparas á Manon Lescaut, dijo la dama de Espadas.

—A Virginia, si quieres, á Beatriz, si lo prefieres, á Margarita, á Mariana, á todas las que han amado. La dama de Espadas no contestó.

—En qué sueñas?

—Sueño en que voy á ser para tí una heroína de novela.

—No lo dudo.

—Los laureles serán mustios: estoy casada.

—Lo sabia. Una jóven soltera no hablaria tan bien y no escucharia mas que á su danzante. Tranquilízate: solo las mujeres casadas (ya estén casadas por la mano derecha ya por la izquierda) pueden ser románticas. Las doncellas de hoy solo son vanidosas. Se rien de todo porque nunca han llorado.

—Yo tambien me rio de todo.

—Escepto de tu corazon.

—No hablemos de los ausentes.

—No hay nada en él?

—No.

—Veamos.

El señor de Parisis colocó suavemente su mano sobre el corazon de la dama de Espadas.

—Este es un corazon con muchos agujeros.

—Ya sabeis que no soy un mapa-mundi y que no me gustan los geógrafos.

La dama de Espadas cogió la mano de Octavio y la separó de su pecho.

—Nos vé alguien? preguntó el jóven con cierta mezcla de sencillez y de audacia.

—Nó; pero me veo á mí propia.

Parisis creyó que se habia engañado al tomar por el atajo. Esto sin embargo, quiso seguir adelante: pero cuanto mas avanzaba mas terreno perdia.

—Si conocieseis mi edad.....

—La conozco. La mujer con careta se hace traicion á cada instante. En vano aprende la diplomacia, en vano cursa el maquiavelismo, en vano adquiere experiencia—este amargo fruto que no vale lo que cuesta—ella lo dice todo queriendo ocultarlo todo.

—Sois tan profundo que no os comprendo.

—Una mujer cual vos, señora, tiene siempre veinte y cinco años.

—Por qué siempre?

—No quiero abusar de las palabras. Teneis veinte y cinco años porque sabeis de memoria la enciclopedia del amor, la ciencia de las coqueterías autorizadas y de las coqueterías permitidas. Teneis veinte y cinco años porque hablais con gran talento y porque defendeis bien el cuadrilátero, sabiendo que se puede pasar por el lado y sorprender Venecia sin inquietarse de Verona. Teneis veinte y cinco años porque habeis puesto en vuestros negocios á Dios y hasta el mismo diablo.

—Es esto todo? Sois acaso nieto de Labruyere?

—Nó, no es esto todo. Necesitaria aun citar un millon de razones.

—Calificais esto de razones!... Y desde cuando, si os place, tengo yo veinte y cinco años?

—Desde hace cinco minutos.

La dama de Espadas respiró.

—Os engañais caballero: tengo veinte y cinco años desde hace cinco.

—Nó, señora: he visto vuestra garganta, he respirado vuestros cabellos, he sentido vuestro corazón.

Todo iba perfectamente; pero de pronto otra máscara se atravesó en el camino.

—Querida mía: vuestro marido os busca: vos sabreis donde debeis encontrarle.

—Sí, pero despues de cenar, dijo la dama de Espadas.

Y levantándose, añadió:

—Adios caballero: hasta el año que viene.

—Hasta el año que viene!

Octavio siguió por un instante á la dama de Espadas y la dirigió algunas preguntas; pero luego fué arrebatado por el grupo de máscaras de la duquesa.

—A donde vas? le dijo una voz.

Era la dama de Palos.

X.

PÁGINAS DE UNA HISTORIA FAMILIAR.

Octavio cogió la mano de la dama de Palos y la pasó en el brazo con la suavidad de un enamorado.

—Dejad que os desabroche vuestro guante, le dijo: os diré quien sois.

Y Octavio desenvolvió una teoría acerca al aspecto de la mano. Para él, la mano era el blason, era como un escudo parlante.

La dama de Palos tenia el pudor del guante.

—En cuanto á mí, dijo ella, no necesito ver vuestra mano para deciros quien sois.

—Pues bien, hablad de mi á mi mismo: os juro que no os conozco.

La dama de Palos con una gracia esquisita, con un talento de ángel y de demonio, le habló de su familia, de su juventud, de sus aventuras.

Octavio estaba complacido y asustado, bien como si su conciencia se levantara en frente suyo.

Haciendo constar su ánimo, su inteligencia, su nobleza, ella pintó á grandes rasgos todos los Parisís que habian representado un gran papel en el mundo.